

Los ritos

Fernando Winfield Reyes

De niño acudía a ese parque todas las tardes. El parque cotidiano de las tardes de todos los días, hasta que caía la noche y todos emprendíamos la lenta retirada bajo el revoloteo de los pájaros estridentes.

Entre la polvareda de los innumerables juegos, un día ella apareció: alta, de cabellos oscuros, ojos negros, profundos.

La pelota se convirtió en un artefacto inútil, poco inspirador y torpe.

Entonces volví a la bicicleta y a recorrer incansablemente el circuito de los senderos del parque de Los Berros, esa rotonda amplia a la que con velocidad o detenimiento se llegaba siempre: los macizos de flores silvestres, unos troncos cercenados y más allá, en la frontera de la geometría concéntrica del parque, la zona de los juegos infantiles.

En la primera época ella permanecía en los columpios. Con rítmica calma subía y bajaba, apenas levantándose del suelo, acompañada de una nana, a escasos metros.

Una señora gordita y simpática, que leía libros vaqueros.

Con insistencia en las horas en el parque, supe que la niña de esas tardes se llamaba Ofelia.

Sus rasgos eran, lo mismo que hermosos, enigmáticos. Casi nunca sonreía. Y aunque se vestía de modos diferentes, predominaba el negro. Sería que era otoño y días más tarde seguiría un invierno severo.

光

Acaso el primer amor llegaba temprano, en una ruidosa multiplicación de sensaciones interiores.

Porque de noche, la imagen de Ofelia comenzó a perseguirme en sueños. De día, fui conociendo poco a poco su segundo plano de la realidad. Iba a la escuela de monjas, contigua al colegio mixto donde yo asistía.

Alguien dijo en algún momento que se advertía que su madre había muerto en algún punto de los viajes interminables que hacía su padre. Un chino adinerado, supe poco después.

命運

Algo siniestro y fascinante le rodeaba: era la niña alta, de vestidos negros cortos y medias oscuras que le hacían contrastar enormemente con esa tez blanca, casi artificial, donde la luz de la tarde se consumía con tanta lentitud.

Ya desde esa edad Ofelia vivía en una silenciosa prisión interior. O así me lo parecía. Era cinco años o así mayor que yo. Hablaba poco, pero en algunas ocasiones en que me aproximaba a ella, logré escuchar su acento suave, pidiendo algún algodón azucarado a la nana, a la que se dirigía con ternura y a veces llamaba Mamá Juanita.

Ofelia era casi inaccesible. Por eso no sabía bien cómo ingeniármelas para acercarme más a ella. Conocerla mejor. Hacerme visible. Dejarme llevar por el impulso de un deseo que se acumulaba como cera tibia en mi garganta. Saber, saber de ella. Deshacer ese miedo al rechazo que prevalecería más tarde. más pesado que el deseo más denso. Al fin niño. Y más tarde al fin adulto.

嬌美

Vino la afición por los sueños, ese dejarse sumergir en el infinito interior, hasta ser incorpóreo y pleno en las profundidades de lo errático.

Con Ofelia recorrí lugares fantásticos, extensos jardines sin geometría, espacios de agua y cristal. En los sueños hablábamos mucho, viajábamos a Pachuca, entrábamos a los socavones de las minas. Jorge, el amigo de todo ese tiempo, conocía estas historias, porque cada mañana escuchaba mis relatos con el interés desapegado de aquellos que nos animan a confiar, asentía o se quedaba callado, me insistía, o de plano se reía. Estábamos en el tercer año de la primaria, aquel año del que creo que todavía existe una fotografía.

愛

Siempre me han llamado la atención esas películas de amor donde la vida se proyecta en una pantalla como un trayecto de encuentros y desencuentros. Donde los amantes se siguen sin encontrarse, como intuyendo las situaciones y las coincidencias aproximadas, pero no siempre posibles.

O sea, el más grande de los amores, que es el amor imposible.

愛神

Creo que hasta aquí llega lo que yo llamo la primera época, el encuentro con Ofelia. En la segunda época, ella reaparece como encargada de una papelería que su padre había instalado a dos cuadras de su casa.

Había crecido, y era evidentemente más alta. No siempre vestía ya de negro, aunque a fuerza de la insistencia en su carácter singular, en realidad este color acabó por favorecerle mucho. A veces la encontraba uno con esas faldas cortas de otros colores, sobre todo al inicio de la primavera y hasta el verano. En la cercanía, uno podía percibir ese perfume entremezclado de lavanda y sándalo, de pulcritud, de belleza limpia.

En la papelería de Ofelia nos surtíamos de ilusiones: ir a comprar las imágenes de los héroes nacionales, las conmemoraciones escolares de las fiestas patrias, el cambio de las estaciones o los cromos de los sentidos en esa disección temprana y esquemática que mostraba las cosas con horripilante desnudez cartesiana, los pequeños sobres con las estampitas de los álbumes interminables de luchadores, los lápices y lapiceros, los pliegos de cartulina para las construcciones percederas y los experimentos, los cuadernos a doble interlineado, la insospechada plenitud de los pequeños obsequios y detalles de la vida. Hasta convertirse en una especie de ritual de todas las tardes, toda vez que Ofelia no iba ya al parque.

人生

A sus catorce años, Ofelia lucía muy bien. Lo que más tarde se dice atractiva. Atractiva y fatal. ¿Será que Ofelia no se daba cuenta de su impacto en mí, o en los chicos algo mayores, asomándose a la pubertad más inconsciente y torpe, deseosos de su presencia y de encontrar un nuevo sentido, una explicación definitiva a la inquietud que se nos disparaba como una de las adquisiciones más cercanas a las que llegábamos en ese barrio clasemediero y popular, desde este nuevo modo de estar en el mundo, que era la belleza femenina?

Mientras que Ofelia acomodaba libretas, repartía lápices y cobraba las cuentas, la nana tejía detrás del mostrador, complacida y persistente en esa prenda imaginaria que nunca vimos. Como los sueños.

Con la filial razón del catecismo y la primera comunión vino la calma. Recuerdo que yo ya no la soñaba tanto, pero al final de mis oraciones nocturnas pedía a Dios alguien como Ofelia, en algún momento de mi vida. Tener tan sólo ese instante breve que iba a ser posible decirle que me gustaba mucho, tomar sus manos largas y esbeltas, besarla luego. Correr.

Correr con esa imagen difusa de la felicidad infinita atrapada en una canción, en mis tenis viejos y vagabundos por las aceras y los charcos de la calle. Correr, correr, con Ofelia en mi mente, en mis pies, en mi cuerpo todo de que ella huía, dichosamente. Correr. Hasta caer exhausto.

運氣

Al año siguiente Ofelia tuvo un novio, algo mayor que ella, que venía a visitarla en moto. Una moto nada impresionante, pero sí suficiente para divinar que en los ojos de Ofelia crecía un sentimiento de suave oleaje marítimo.

Ya para entonces, lenta y discretamente, Ofelia se había convertido en la indiscutible reina del barrio. Su belleza enigmática no escapaba sin embargo de los infames rumores que Jorge tenía a bien actualizar cada semana. Como que ya desde siempre se apunaba en él la vocación

objetiva del periodista de columnas policiacas. Él era el informante, una especie de consejero acomedido y dispuesto. En el reporte de viva voz que me transmitía decían que el novio de la moto se la comía a besos, que alguien la había visto con él en la salita inmediata a la papelería, mientras Juanita la nana atendía los pedidos, y que era posible que pronto se casara. Sería que en el fondo y a su modo Jorge también se obsesionaba con ella.

No hubo fiesta de quince años para Ofelia, y esta ausencia sirvió para varias cosas: para que el vecindario acrecentara su rencor por una celebración que le era negada, porque a pesar de la pobreza todas las muchachas de esa edad eran presentadas en sociedad a costa incluso de la ruina de la familia por los gastos del festejo, al que acudían como mínimo cien o doscientas personas; para situar la oportunidad de un distanciamiento entre Ofelia y su nana, por un lado, y aquellos que por la convivencia de los años habían creído ser merecedores de alguna confianza y de tener garantizada la entrada al estrecho vínculo de su amistad; y por último, para que se gestara la maledicencia y un mito que inspiraba las peores versiones del imaginario vecinal sobre las dos mujeres que vivían solas, aisladas del mundo, en el Número 9 de la calle Oaxaca, sin puerto pasional ni faro amoroso.

常存我心

El tiempo transcurre. Los dieciséis años de Ofelia fueron el resurgimiento de la belleza de su madre difunta. Esto no lo decía nadie pero bastaba con mirar, como si a Ofelia se le pudiese construir con una suerte de conjeturas visuales. En la parte alta de una de las paredes de la papelería había depositada una fotografía grande en blanco y negro que permitía esta comprobación de manera fácil y rápida. Era una versión anterior de Ofelia más desgatada por los años y casi diluida tras un vidrio amorfo. Poco, o más bien nada se sabía de su madre, excepto por este dato iconográfico.

Ofelia no había tenido hermanos. Su existencia cotidiana seguía siendo hermética, más allá de las conjeturas posibles. A resguardo de la intimidad con otros. Por eso su noviazgo nos entusiasmaba, lo mismo que nos producía un cierto resentimiento, un resquemor de esos

apasionamientos buenos. Uno podía suponer que Ofelia era en el fondo normal, como el resto de las chicas, capaz de experimentar sentimientos y desear. Aunque para ello había un elegido.

慾

En los años siguientes, sus cumpleaños se celebraron a puerta cerrada, con la discreción y el rigor de un padre que la visitaba desde muy lejos, y que llegaba en una carroza enorme, algo así como una de esas limusinas que aparecen en las películas de gánsters, la nave emblemática del servicio de pompas fúnebres de algún establecimiento de prestigio de la Ciudad de México. Se trataba de un chino de costumbres extrañas.

A pesar de estos signos que la rodeaban, y que consternaban lo mismo que animaban la inventiva verbal de la gente del barrio, debo de reconocer que el paso de los años, toda esta suma de elementos funestos que rodeaban el entorno de Ofelia, acabaron por familiarizarse con el ambiente. Me parecían de lo más extraordinario e interesante. Y no me interesaban los chismes. Pues ya se sabe que en los mitos de la cultura local de los barrios, lo que a veces menos interesa es la visión analítica y desprovista de prejuicios.

慾

Mi primera manifestación sexual se asocia con el imacto que me causó Ofelia, a eso de sus diecisiete años, una tarde de diciembre, cercana la Navidad.

Entre adornos prácticamente inexistentes en ese semblante duro del espacio público de la pobreza de la periferia urbana, las oportunidades para la invención eran formidables. Qué otra cosa que dejar volcar el ingenio en aquello que un instrumento tan redondo como simple posibilitaba entre el recreo vacacional y el tedio. La redondez siempre discutible de un balón. El ir y venir del peloteo, con la malicia que despide la inocencia infantil, los goles que se estrellaban en cuenta regresiva en aquel portón de lámina oxidada, una y otra vez, sin misericordia ni silencio, en nuestra cuadra.

Así fue: estábamos jugando futbolito Jorge y yo cuando pasó Ofelia. Detuvimos el juego. La pelota quedó rodando en algún lugar de la banqueta, girando con la magia del último y fallido puntapié, deslizándose hacia el arroyo de la calle...

A su paso su perfume era discreto pero al mismo tiempo fuerte, insinuante. Nos quedamos atónitos. Lo que se dice apendejados. La estela olorosa de Ofelia era embriagante, aplastante. La demostración rotunda de su ser mujer, ya luego tomando distancia fija, en esa pose maravillosa en la esquina, estática lo mismo que latentemente explosiva, con el ademán de sus manos asiendo el bolso, ese óvalo perfecto que hacía juego con las zapatillas de tacón y una línea gruesa que ceñía su cintura con emocionante gracia, la silueta femenina erecta a unos cuantos pasos, memorable y bella como una de esas distinguidas y costosísimas estatuillas de porcelana de la casa de las Lerdo, las viejecitas adineradas de la calle donde yo vivía.

Y Ofelia que permanecía, no obstante, impasible. Ausente como toda mujer preciosa al efecto devastador que produce en los hombres que las admiran en silencio, ensimismada en la espera del novio, algo ya retrasado para ser puntual.

Esta es precisamente la imagen de la Ofelia de la que acabé de enamorarme, en esa extraña confusión de sentimientos que incluye el deseo, el romanticismo, la inteligencia y el corazón.

Nos dimos cuenta que se trataba de algo más, algo más elevado y más profundo y más demoledor que la explosión de una bomba, aquella imagen con la que nos amenazaban en los diarios y los noticiarios con el propósito de recoger nuestro anónimo y acallar nuestras sospechas de que detrás de tanto miedo existía una libertad posible, ajena a represiones y aniquilamientos colectivos.

Los minutos transcurrían y en ellos Ofelia fluía con majestuosa calma. Jugar y reconstruir las jugadas favoritas de nuestros equipos de fútbol había dejado de ser un propósito lleno de sentido, o así nos pareció, desde ese instante poco preciso pero irrenunciable para la memoria.

En el éxtasis y la mirada a Ofelia, parada en la esquina, bella y permanente, de pronto fuimos sacudidos por una detonación cercana: oímos como se reventaba la pelota al paso de un vistoso auto deportivo que siguió un poco más adelante como si nada.

El instante se congela como en esas escenas proyectadas deliberadamente en cámara lenta: la llegada del novio de Ofelia en ese auto compacto, último modelo, precedida por una pequeña nubecilla de polvo. El elegido. Su sonrisa automática. El ademán. Una puerta que se abre. Ofelia que sube, mostrando sus piernas elásticas y largas de modelo en ciernes. El auto que arranca: más acá, la pelota exhausta e imposible: saber o presentir que la hemos perdido con un suspiro que nos sorprende por incontrovertible, dos esquinas más adelante, cuando el automóvil es ya sólo un punto azul plomizo en el horizonte urbano.

熱情

Y sin embargo esa tarde fue una tarde de revelaciones. De una pregunta bastante ingenua a Jorge se desencadenó un proceso de profundo y significativo conocimiento. Llegamos a su casa, y saludamos a su abuela, esa anciana hermosa y buena que cosía las redes del tiempo en una máquina Singer, pegada a la ventana del patio, aprovechando la última ráfaga de luz de la tarde.

Subimos las escaleras. Como quien sin sospecha se acerca a un rito de iniciación. Imágenes y conocimientos insospechados me esperaban. Los libros y los desplegados estaban allí, a la espera de una búsqueda intencionada. Ese par de horas constituyó el rápido tránsito en las explicaciones de la sexualidad humana, de las que por supuesto Jorge tenía una amplia documentación. Escrita, empírica, pornográfica. La curiosidad nos llevó al estudio de su padre, el doctor López, un hombre moreno y pesado que atendía en el Seguro Social, y que gozaba de una fuerte reputación, sobre todo con las enfermeras, por aquello con que la naturaleza le había dotado con generosidad: una voz pausada para los versos y una labia incomparable para dejarse introducir en el corazón de las mujeres solitarias.

Recuerdo ese trayecto de sucesivas imágenes descriptivas que asistían a mi curiosidad con explicaciones clínicas, a pesar de que fuesen sólo un sustituto de aprendizaje, acaso una anticipación, pero que no acabarían por satisfacer ese sentimiento convertido en necesidad de ir descubriendo la propia pubertad y el cuerpo en la mente que comenzaría a reproducir a Ofelia en inquietantes imágenes.

Con el conocer vino la confusión y una sensación repetida, semejante a la necesidad de tener un vaso de leche tibia que saciara ese extraño vacío que experimentaban mis entrañas. La oposición entre mente y cuerpo, esencia y accidente, idealismo y necesidad aparente. Romanticismo y deseo llano.

Porque a la indignidad insólita de los libros de medicina y sexualidad, Jorge agregó mi incursión en las primeras revistas, esas que como todo juego retorcido y placenteramente cómplice, se leen a solas, las que su padre guardaba celosamente en el fondo del cajón de una vitrina con instrumental práctico. Y digo indignidad, porque nada de todo aquello se comparaba con Ofelia.

Aquella noche, descubrí una tibia e incómoda sensación que crecía como un suave tumulto en el vientre. En mis sueños Ofelia me abrazaba y bailábamos, en una salita a media luz, yo por lo menos veinte centímetros debajo de su estatura.

Ah chingá, pero en el pleno deleite (sí, deleite es la palabra más aproximada) del sueño aparecía el chino, su padre, con una expresión temible y una espada desenvainada, amenazando con matarnos.

Corríamos y llegábamos al parque de nuestra infancia, perseguidos por el chino, enfundado en un traje negro, cada vez más distante e impotente, que sólo lanzaba escupitajos furibundos e insultos ya inaudibles.

Nos sabíamos perseguidos, y continuábamos corriendo por los senderos del parque. Entonces sucedía que nos íbamos despojando de la ropa en una secuencia de movimientos, era como ir perdiendo el pudor por la prisa y la amenaza, hasta que nos descubríamos desnudos, recorriendo de la mano y jadeantes el último sendero, el que conducía al fondo del sitio, llevados de algún modo extraño a un montículo de pasto y hierba donde finalmente, ella y yo yacíamos, poco a poco más aplacados, apaciguados por la sospecha de que el chino no nos encontraría ya, a pesar que nada podía asegurar que no nos miraba con enojo inaudito desde algún punto cercano del laberinto verde.

La repetición de esta escena en otros sueños vendría a cumplir algún propósito, o así lo entendí después, que era el de servir de transición a la realidad y dar por terminado el espacio del sueño.

Así que al final de esta temporada en el imaginario de los sueños, un año después, habida ya cierta familiaridad de los asuntos oníricos, cuando los sueños con Ofelia habían transitado del parque de los jue-

gos de nuestra infancia a su casa, y nos habían llevado después, a fuerza de besos y abrazos, al tapete del comedor, o la mesa de la cocina, a la recámara de la nana con aquella colchoneta desvencijada, o a la mullida cama de la recámara rosa pálido de Ofelia, bastaba con dejarse fluir con la libertad de la levedad de los sentidos y dejarse morir, para encontrarse dichosamente vivo, con su sonrisa de lado, en los últimos minutos del encuentro, en el relax post-disfrute que venía a clausurar su padre, el chino, en su extraño traje negro.

Sólo quedaba cerrar los ojos, deshacer la imagen con nostalgia y con el necesario miedo, tomar la ropa y ponerse de pie para salir del lugar, acompañado hasta la puerta con la mirada discreta de Ofelia hecha promesa en el retorno, esa impertinente sensación oscura sobre su padre, observándonos sin palabras. A final de cuentas, me decía, al carajo con el chino. Y el sueño se diluía...

生命力

Se supo durante algún tiempo que Ofelia había desaparecido. Se había ido con el novio, precisamente en aquella tarde de manifestación irrevocable de su belleza. Los comentarios en el vecindario iban, desde los más discretos y atenuados en voz de las vecinas ancianitas (“ay, niña tan bonita, ya dio el mal paso...”) hasta la de los mayores de la palomilla al estilo de “ya se la echaron”.

En realidad, todo distaba de ser exactamente así.

Ofelia regresó, meses después. Sola no como una madre soltera ni como una mujer abandonada. La nana aceptó silenciosamente su reinserción en la casa y en las actividades del negocio. Yo no hacía más que observar, a la distancia, y reconstruir mis propias historias sobre las posibilidades de ella.

Como parte de los puntos y ciclos de la aparente normalidad de la vida que se instalaba en la calle de Oaxaca, su padre comenzaría a llegar con mayor frecuencia. Era algo así como una aparición en blanco y negro, que cancelaba voluntaria y provisionalmente el escaso colorido de la escena del barrio.

Su presencia era pesada. Se diría que algo gansteril, distante, respetuosa, precisa. Simétrica y fija en el tiempo, como las imágenes de los espejos, cada vez que se aparecía. Ajustada a un ritual rápido y

sustraído a los ojos de la curiosidad pública. Un rito investido de color oscuro, que, de prolongarse algunas horas, obligaba a cerrar el establecimiento a la calle.

El chino. Vestido de negro. Con esa asociación de signos de poder y suspenso. Sin guardaespaldas o acompañantes. Cerrando la puerta de la limusina funeraria. Desenfundándose los guantes de cuero negro, de donde emergían unas manos gruesas y pesadas, inmaculadamente blancas y pulcras. Las manos que yo imaginaba que acariciarían en el beso propiciatorio de bienvenida a Ofelia, repetidamente, para siempre, en ese ademán perfecto y paternal, no exento de crudeza. Las manos de la muerte que preparaban con un arte milenario y decidido las atrocidades e indignidades, sufridas o no con merecimiento, de esa multitud silenciosa en el trecho último de su vida.

死

El chino era implacable con la repugnancia. Se sabía que nunca le vencieron los cuadros más horribles de la infamia. Ni la descomposición, los miembros cercenados, la sangre aglomerada, el penetrante olor de los fluidos humanos, los meados, los excrementos, las vísceras concentradas en esa vasija de piel de dimensiones cambiantes que eran los cuerpos. Ni la falta de huesos producto de los accidentes aparatosos que dificultaban el trabajo de restaurar una estructura corpórea sólida o las fracturas más complejas de reconstruir; la resistencia de la suciedad que se aferraba a los cuerpos inertes, la restitución de algo que se aproximara con precisión decidida a la ilusión: hacer parecer algo como era pero que en definitiva ya no sería. La narrativa de la vida y de la muerte como un ritual de siniestra estética.

En este terreno, parecía que nada le era imposible. No conocía el miedo. Era sistemático, se aplicaba en un ejercicio desprovisto de emoción, en el cumplimiento de su trabajo, para, de ser necesario, llegar al último extremo.

Se decía que era incomparable arreglando cadáveres, y aunque es dudoso imaginar que disfrutara esta tarea realizada de manera consistente y rutinaria durante toda su vida en Mexico, sabía disponer con dignidad la última imagen de los seres, indefensos y tendidos en lo sucesivo, en esa especie de sonrisa leve y congelada con los que los

animaba en medio del rostro marchito con los ojos cerrados, ese rostro arreglado y compuesto que comunicaba indefectiblemente el paso o el trance a una tranquilidad perfecta e inamovible. Por eso sus actitudes con la inerte naturaleza de los hombres y mujeres, unificados ya en su cualidad sin retorno, era apreciada ampliamente en los círculos sociales y políticos en que su práctica sabiduría actuaba para llevar a cabo la última conciliación.

Uno podía apreciar cierta ironía en este artista y profeta de la paz eterna, exiliado en la ribera de otro territorio. Su reconocimiento estaba condenado al devenir silencioso y eficaz del tiempo. Se sabía de su existencia aunque poco se le conocía y bastaba con mantener el equilibrio en la carencia de preguntas, en la retribución a sus servicios, que, por otro lado, requerían de la mayor discreción. Era un ser con una existencia útil, sin origen ni destino: al haber huido de su país había quedado borrado. Había muerto sin ningún trance doloroso. Allá no tenía familia ni nada que no pudiese dejar atrás. Había dejado de existir. Era apenas algo más que un par de manos que con eficiencia y conocimiento prestarían el servicio de arreglar el umbral para ese paso definitivo.

Ese tránsito desesperado y falto de resignación, delineado con flores, con inciensos y aromas, con líquidos con los que provocaba el empuño y subterfugio de la permanencia de la carne y sus contornos, con tintes y cosméticos verdaderamente efectivos, que servirían para aquellos que comedida y cariñosamente depositarían a ese ser que había sido en la asamblea de las últimas horas del dolor y el llanto, el café, los tés y licores en la funeraria, ceñidos en el último traje, en la última piel, en la última cámara de líneas rectas para que se sintieran tranquilos y resignados por ese destino en el que las almas eran trasladadas a la dimensión sin retorno, alojados en esa tercera forma de vientre contenedor que era el féretro de maderas preciosas, acompañado de discretas luminarias en las capillas ardientes de Félix Cuevas en la colonia del Valle de la Ciudad de México.

En este punto se inscribe el episodio de un amor fugaz, el de aquel primer novio de Ofelia, como ella me lo confesó un día, temblando desnuda en mi abrazo. Había decidido escapar a la aventura, sin rumbo fijo, me dijo. Ofelia no conocía el mar, así que hacia allá se habían dirigido con ilusión y el palpito de lo inexplorado.

A pesar del trayecto de varias horas, el novio del convertible azul sugirió Veracruz. Pero el cálculo había fallado, con el triunfo de la ironía.

Ofelia guardaba con morbosa, pasmosa tranquilidad, el recuerdo fluidizo de un accidente, una breve estancia en un hospital en San Luis Potosí, luego traslado a México para una recuperación dolorosa y, más tarde, las imágenes de un funeral donde como un fantasma, en esa atmósfera enrarecida de la eternidad en su paso por esta tierra, desde el velatorio hasta el sepelio, había ido reconstruyendo la historia de aquel joven a quien el chino le había prohibido terminantemente volver a ver, vaya, sin despedirse, en la funeraria de Félix Cuevas.

生死

A Ofelia se le conocieron e imputaron otros amigos, otros novios. Con conocimientos de causa o sin ella. Inopinadamente su vida ejemplar pasó a ser una línea más en la normalización de la vida cotidiana. Algunos desaparecían en la frustración, el deseo roto, la calamidad o el cansancio. Ya nadie se sorprendía. Acaso, como sucede con todo el mundo, después de estar expuesta a la comidilla de la gente, su vida privada dejó de tener interés para la vida pública. Excepto por supuesto por lo que yo sentía, aunque ya más atenuado por saberla lejana, situarla en circunstancias, no dejarme afectar.

Volvió a la papelería, que se había mantenido a pesar de su ausencia y había incorporado una fotocopidora Xerox. Ofelia tenía veinte años cuando entré a la prepa. El fotocopiado, que requería una mínima especialización, se popularizó mucho. Al principio ella sacaba las fotocopias. Era una delicia verla de espaldas, colocando las hojas de papel y jalando los impresos. Su cuerpo, esbelto, apenas acusaba unas caderas sólidas. Quizá lo más impactante eran sus piernas, esos muslos rotundos y plenos, y su cabello, ahora corto, siguiendo las tendencias de la moda.

Resultó que un día, después de todos esos años, nos encontramos platicando. Si fue casual o premeditado, eso es lo de menos, sino más bien la coincidencia. De hecho, Ofelia se interesaba de las cosas de la escuela, y se lamentaba por haber dejado de estudiar. Los clientes en-

traban y salían, y a la prisa del trajín, recuerdo que logramos mantener el interés durante toda la tarde, la tarde que en adelante sería luminosa, en mi universo imaginario, a pesar de la lluvia afuera.

無盡的愛

Un día me encontré contándole a Ofelia de mi retorno a las imágenes de su vida en mi vida, y ella comenzó a contarme de lo suyo. Me dijo que estar enamorado era un estado afortunado y escaso en la vida. Que ella había creído estar enamorada muchas veces, pero que la vida no le había hecho justicia. En sus palabras había un dejo de tristeza y resignación, que luego se fue tiñendo de compasión y fascinante tristeza. Debía haber algo que circulaba como un río subterráneo de turbiedad en los momentos críticos de su niñez y, más cercanamente, su adolescencia, porque las explicaciones no eran abundantes, sus descripciones parecían responder más bien al resultado de un ejercicio de emborronamiento y confusión.

Ofelia me fue contando su vida, como en una novela escasa y rápida, a trechos. En realidad su memoria era bastante falible, y recomponía fragmentos que yo le fui ayudando a recuperar y poner en secuencia. Confundía con facilidad algunas imágenes de su infancia en Pachuca y la Ciudad de México, con otras más lejanas en algún parque en alguna ciudad de China. Estas últimas, descubrimos después, correspondían a recuerdos y memorias superpuestas por la nana, en un esfuerzo afanoso por darles sentido a tantas preguntas que ayudaran a precisar su identidad, desde que era pequeña. No, todo lo contrario, México le había parecido desde siempre su verdadera patria. Claro, por supuesto que quería a su nana Juanita como si se tratase de su madre. Lo más extraño era que editara al chino de las escenas, que no alcanzara ni siquiera un papel secundario. Aunque supuse que le querría con un raro amor filial.

Sí, el pasado le confundía. Era como una película forzosa en la que conjugaban algunas escenas y cortometrajes. Repetía que había ido perdiendo la ilusión de muchas cosas, y que lo que más le entusiasmaba era viajar. En auto, de preferencia. Pero ya no más en ferrocarril: en una ocasión había sido testigo de una anciana que había descendido muerta de un tren, con una extraña y forzada sonrisa, el rostro primo-

rosamente pintado, acompañada por una fotografía y su novio. Curiosamente, las dos mujeres tenían rasgos chinos, me dijo. Había sido en una estación de Puebla o algo así. La verdad es que recordar la agobiaba a la postre. Tantas historias acababan de confluír y hacer resonancia. La casualidad, los accidentes. Las extrañas coincidencias de los ritos, como círculos concéntricos.

愛恨

A pesar de todo o quizá por ello era hermoso verla sonreír. Revisar los apuntes que fotocopiaba para mí con tanto celo y dedicación. Durante una época dejó de cobrarme las fotocopias, a condición de que pudiese quedarse con mis apuntes de literatura e historia del arte. Decía, no sé si con sabia plenitud, que allí estaría esperándome un destino.

Nunca he creído abiertamente que los seres humanos seamos víctimas del destino, sino más bien instrumentos de una geometría del azar voluntariosa y extraña, la más de las veces, a la que hay que buscar un sentido. Así que todo parecería una coincidencia. Como aquella noche que acepté pasar con decidida inconsciencia y trasponer la cortina metálica del negocio. A pesar de que los indicios apuntaban a que no se podía seguir confiando, a ojos cerrados, en el azar y sus disturbios emocionales.

Algunos recuerdos tienen una cierta densidad, son como elementos espesos en los que se va fluyendo poco a poco. En aquella ocasión, Juanita pasaba unos días con unos parientes en Morelia, mientras que su padre, esa rígida figura, era ahora inexistente para nosotros, cada vez que iniciábamos un beso. En la salita bebimos un té aromático, una infusión placentera que parecía congelar el miedo y el temor.

Luego vino el silencio. El temblor de manos, el frío que convoca como pretexto al abrazo. Los pastelitos ofrecidos como preludio a placeres extraños y exquisitos, primorosamente decorados, empalagosos, envueltos en un papel especial y comestible de arroz. Las caricias que se deslizan como pequeños conejos que van cosquilleando al reconocer el contorno de los cuerpos. No era ya extraño, o lo extraño que pudiera parecer, se transformaba en algo inédito, maravilloso, aceptado de manera incondicional. El tránsito entre la salita y su recámara resultó

más inmediato que lo que nunca hubiera podido imaginar, recordando la fábrica de tantos sueños concebidos con ella.

Recuerdo la recámara, tan vagamente como el hecho de que esa no fue la única noche. Siguieron otras muchas después del té y los mordiscos a intervalos a los pastelitos chinos. Era uno de esos espacios anodinos, con un oso de peluche que el chino, en un raptó de ternura desmedida y conveniencia mercantil, había llevado para uno de sus cumpleaños, guardado debajo de un celofán ya amarillo y opaco; un crucifijo, dos paisajes orientales, una cama estrecha y un tocador con polveritas y alhajeros, y un enorme armario pintado de blanco, con un gran espejo en círculo.

Ofelia prendía una veladora de incienso y ponía música. Eran voces en un dialecto asiático, como movidas por retazos de ritmo, voces que, me parecía, pendían de un hilo agudo, tonos melifluos mezclados con un sollozo dulce, algo que llegaba de algún sitio remoto, de otra época, de los confines de un alma martirizada que se manifestaba con dolorosa familiaridad.

Nos abrazábamos y surgían secuelas de besos líquidos, entre la tibia bruma interior del cuarto. Afuera llovía a cántaros y decidíamos solo dejar la luz de la veladora. Recuerdo, sí, apenas esas primeras veces, acaso porque me llegaba anticipadamente un cansancio reparador que me hacía moverme con pesadez, con tanta pesadez que Ofelia me abrazaba con fuerza y me ayudaba a recostarme en la cama. Era como estar mareado, abolido del equilibrio, pesado en el cerebro, como una piedra con la que mi cabeza se balanceaba. Sin saber cómo, el juego cesaba y caíamos en la locura última, en ese gemido de inaceptable rudeza.

Había leído recientemente ese portento de imaginación narrativa que es *Aura*, de Carlos Fuentes, y hubo un momento en el que el subconsciente algo me revolvía, pensando que quizá, detrás del armario podría surgir una anciana espeluznante que acabaría por aniquilarme. Pero no fue así.

A juzgar por la regañiza que recibí después, mis ausencias de casa se habían prolongado en noches largas. De los naufragios de la memoria lograría rescatar un sueño con Ofelia, desnuda a medias, en donde aparecía esperanzada y paciente para reanimarme de esa borrachera o lo que se le pareciese. Pinche tesito o lo que hubiera sido. Qué chinga me había puesto. Me había dejado fuera de combate en el momento

más inoportuno. Trataba de justificar el asunto de alguna manera. Había sido el té, esa infusión y los pastelillos, o la embriagante presencia de Ofelia, a sus veinte años de deseo por fin suelto, irreprimible, insatisfecho.

生活

Me había imaginado en un auto que era conducido por un chofer como quien lleva al condenado al patíbulo, que corría en una noche lluviosa por el malecón del puerto de Veracruz, tomados de la mano, tocándonos y estremeciéndonos en el asiento trasero. Puedo recordar el persistente ir y venir de los limpiadores del parabrisas, y las luces borrosas detrás de los cristales, a lo largo de una amplia avenida.

La recuerdo, entonces, a ella, a Ofelia, con esos ojos bellos y enormes a punto del naufragio, intentando asirse a mis hombros y apretando sus uñas en mi nuca, y escucharla decir algo extraño, palabras incomprendibles en un lenguaje arcano, como extraño era ese sabor a licor de ron en su boca, mientras se desahacía en mis brazos, exangüe. Era como estar ebrios de amor, de juventud, de libertad, de ese tiempo que congelábamos sin avanzar y sin saberlo.

En las discotecas del ambiente portuario habíamos discurrido, antes de abordar al auto, entre tequilas y tragos a medias, disfrazados. El licor subía en mis manos por sus piernas, sus senos, su sexo apretado, como dispuesto menos al placer que al sacrificio. Volvía a sus labios tibios, que el cansancio iba tiñendo de malva, esa conmoción de un cuerpo que tiritaba por lo avanzado de la noche, la juerga o no se sabe si el deseo.

Creía que habíamos construido el breve espacio que separa la necesidad de lo efímero, ese asunto difícilmente reproducible con imágenes que se llama intimidad.

Pasaba mi brazo por sus hombros, sacaba mi cabeza por la ventanilla y bebía la brisa del mar, el norte vorágine que entraba rompiendo la noche, sellando de bruma las estrellas, abriendo un hueco grande en la melancolía de los amaneceres cercanos y grises. A lo lejos la vaga y fugaz referencia a la Isla de Sacrificos.

Las noches maravillosas de Ofelia. Como un descenso a un ardiente infierno de caricias y susurros. Ese rápido palpito a la inconsciencia.

Ese lento ir resbalando en sus piernas y caer rendido a su regazo, mientras el auto negro subía la velocidad hasta casi matarnos en el silencio oscuro de la noche.

Ser de noche. Ser de Ofelia. Ser como otros, quizá, nunca antes hubieran podido imaginar haberlo sido. Ser de ella y por obra de ella morir cada noche para renacer humano y adolorido, a la mañana siguiente, en esa resaca brutal de asuntos inconfesables por la confusión onírica producida por los deseos.

A pesar de ese gesto torcido del chino, complacido de ver a su niña entre mis piernas, sudorosa y mortal, inalcanzable. Como tren de deseo sin destino que seguía la marcha a esa espiral infinita de la inconsciencia y la insatisfacción.

Porque ese tren imaginario que Ofelia llevaba adentro, como el tiempo y los sueños, no se detenía jamás. Era maquinaria imposible de alcanzar. Era un destino circunscrito a la mecánica inercia del retorno. Era obsesión por esa muerte sin fin en su sexo, mojado pero distante, lejano como el paisaje del que se separaba con una mirada diabólica y diáfana.

Confusión. Ofelia era precisa como los oficios de la muerte, e irrevocable en la pasión.



Y hay una vuelta al origen. La niña Ofelia llega a mis siestas, también, lo recuerdo. Ensoñación y sueños. Siempre sueños. Siempre allí. Cuando cumplí diecisiete años, dormido en la sala, acompañado por el acompasado latido del reloj de la abuela, recuerdo esa visión en la que Ofelia, de once años, con su vestidito negro y su rostro solemne, me llamaba desde lo alto de una escalera, me hacía acudir, me conducía a una capilla ardiente y me obligaba a mirar fijamente un cirio que se consumía en un recipiente rojo de vidrio, que me trasladaba rápidamente a los relámpagos de mi pasado olvidado, incierto, imposible, para hacerlos escenarios con seres concretos y visibles.

Estábamos en una funeraria, que íbamos explorando como quien reconstruye el plano de un lugar con movimientos y trazos críticos. Oscuridad y fascinación.

A mis diecisiete años mis padres comenzaron a preocuparse de esa silente enfermedad de amor que me consumía. No, no se oponían a mi relación liberal y emocionalmente devastadora con Ofelia, más bien temían por mi vida. La felicidad de la tercera época parecía ir cerrando sus puertas...

死

Fue entonces cuando se supo del chino y se multiplicaron los rumores. Si en la valoración general el chino fue una víctima, un instrumento en un plan superior, no necesariamente divino (¿quién podría considerar seriamente ahora a la política como algo de origen divino, sino más bien todo lo contrario?), lo que impacta en su actuación es la voluntad irracional de sus métodos. Una paradoja, retorcida y confusa.

En la muerte súbita de aquel personaje en campaña que sembró de confusión a un país entero, el chino tuvo un papel estelar. A pesar suyo. Fue, en resumidas cuentas, el chivo expiatorio de una voluntad superior con una implacable capacidad para ejecutar los fines, con tal de llegar a los medios de manera eficaz.

Las fotografías de aquel hombre masacrado que dieron la vuelta al mundo, después del sacrificio y la muerte, esa muerte poco nítida y plena de confusión, evolucionaron en un rostro borroso y apenas imaginable por el ejercicio del horror. Resulta todavía difícil recordar con precisión las últimas imágenes, depositado ya en el ataúd, abierta la última puerta de la evidencia de su paso por la tierra, sitiado en el estrecho recuadro de ese lecho dispuesto para el sueño sin memoria. Imágenes que sembraron un desconsuelo profundo en la gente, una duda alimentada por un temor que se hizo tan grande que se volvió inexpresable, una afrenta a la dignidad que se hacía más grande y notable como que el valor de la vida se convertía en un objeto de cambio a la menor provocación de la voluntad del poder, el azar de la locura, o la necesidad. Ya que si ese hombre había sido blanco perfecto e indemne en medio de la multitud que le seguía, en adelante cualquiera (eso parecía ser el mensaje desalentador sin duda), sin excepción, podía serlo también.

He dicho antes que el chino era meticuloso y aplicado. El individuo en un oficio para el que, dentro de sus linderos y habilidades, no existen imposibles. Por eso la inconsistencia en el proceso que siguió desde

el traslado del candidato, cumplidas las autopsias y peritajes legales, hasta su presentación en su última aparición en público, hacen pensar en la posibilidad de un complot para sabotear el arte y la ciencia del chino. A partir de aquí, las conjeturas posibles y los elementos ficticios se entremezclan y se pueden reproducir incesantemente.

El efecto demoledor del mensaje tuvo un pero mayor y agravante por la sencilla razón de la infamia de la muerte sumada al horror. No le permitieron al chino (siendo éste sobradamente capaz), lograr con su trabajo una faz de la muerte digna. La confusión lograba sus propósitos: el chino era eliminado de la operación.

Los accidentes hacen las coincidencias. Es cuando el azar se hace propicio: Jorge, mi amigo de infancia, contribuiría a develar el misterio.

Siguiendo su vocación infantil para averiguar cosas, se había ido a estudiar periodismo a la Ciudad de México. Ocupaba un departamento en el conjunto multifamiliar de la colonia Del Valle, el que a finales de los años cuarenta construyó Mario Pani.

Un día de ocio, parado frente al ventanal de la sala, a la distancia, entrevió una silueta que se le hizo familiar: esa figura cuadrada y regordeta vestida con un abrigo negro que subía fatigosamente las interminables escaleras que conducían al último piso del bloque de departamentos. El chino. Sí, insistiría incrédulo, era el maldito chino, como un fetiche o una sombra que revive desde las pesadillas aparentemente más lejanas y olvidadas de la infancia, emerge como una imagen de oprobio, con su intensa carga asociada a la identidad del miedo y la rareza, y cuando el tiempo deja de dilatarse en la memoria, desaparece para siempre detrás de una puerta

Queda sin embargo una fotografía que Jorge tomó del chino, apuradamente, en donde se puede apreciar el pedazo de una silueta negra que pueda grabarse en conciencia alguna. La foto que agobia, apenas, da cuenta, documenta para el que lo pueda creer con un mínimo de fe que excluya la incredulidad o la duda, de aquél que fue cancelado como instrumento operatorio de la compostura del cadáver del candidato.

Como quien se asoma con frialdad del abismo, Jorge relata el fin de la historia del chino así: subió hasta el último piso, arrastrando los pies, tratando de pasar inadvertido en la escena de ese microcosmos

urbano. Se mantuvo por un buen rato en el borde, calculando la mecánica de la distancia y el esfuerzo, o tal vez recuperando en los pulmones el oxígeno de las alturas, después concentrado, mirando fijamente al infinito, suponiendo que las cuentas empezaban a cobrar sentido en el último paréntesis de su existencia.

No es difícil imaginarlo, repasando el punto en el que la historia de aquella niña china de dos años intersectaba la suya propia. La pequeña era hija de una supuesta hermana. Había nacido con una complicación que se había ido manifestando ante su dificultad con las primeras palabras y los repetidos diagnósticos de los servicios médicos.

El día de su segundo cumpleaños, un domingo soleado y bello, estaría señalado por un hecho sorprendente, cuando fue llevada a visitar la gran ciudad. Su madre, Wung Su, fue victimada ese mismo día. Por eso sus cumpleaños, sabría más tarde, estarían en definitiva marcados por ese hecho funesto.

En el aniversario de su muerte, una pantera negra había escapado del zoológico de Beijing. Había merodeado aterrorizando a algunos visitantes que, quitados de la pena, se extendían en los prados cercanos. Y aunque se había dado un aviso inmediato a la policía, los captores habían fallado en el intento, exacerbando la confusión de la bestia, que como un animal mítico acabó por ejecutar el ritual de la sangre al que parecía ser llamado desde los chillidos histéricos de la mujer que se resistía a entregar como presa a esa criatura, a pesar de los zarpazos seguidos, y de haberla zarandeado y arrojado más allá de un puente de madera donde finalmente un francotirador había aniquilado la carga de sedantes en el vientre de la fiera.

En adelante la niña quedaría condenada bajo custodia del Estado, en un trance de solipsismo, sentimentalmente aislada del mundo de los vivos, una especie de voluntaria muerte lenta que rayaba en complejos diagnósticos pediátricos y psicológicos que apuntaban a la conveniencia de la eugenesia.

Sistemático como era en sus hábitos y costumbres, el chino recibía puntualmente un periódico donde se daba cuenta del siniestro en el zoológico. Ese es el día en que una casualidad y una decisión individual posibilitan que dos vidas, como órbitas lejanas, sean tangentes. El chino toma una decisión. Junta todos sus ahorros, aquellos destinados a una vejez placentera y a una muerte segura, y desentierra de un

baúl de papeles su identidad. Regresa a su país y solicita la adopción de la niña, registrada con la ayuda de una mujer caritativa, Juanita Rosas, a su regreso a México, como la niña Ofelia Rosas.

Si bien es cierto que hasta aquí la historia de Ofelia parecía tomar un rumbo viable, en adelante los incidentes trágicos evolucionarían hasta límites insospechados.

Esto es lo que quizá pasó por su mente como una ráfaga de imágenes en la que, en algún punto del compendio de su horror interior, resollando, el chino se lanza, con decidida furia, trece pisos abajo, en el multifamiliar Alemán, impactándose en un área comunal donde algunos niños jugaban futbolito.

La primicia de estas reproducciones en fotos fue de Jorge, quien bajó desde el departamento que compartía con una tal Natalia, fotógrafa y artista expositora de la corrupción de la belleza, para retratar incansablemente aquella masa amorfa que él asegura, fue el chino.

He visitado el sitio varias veces. Si uno observa con cuidado, la fractura del piso en la cancha de cemento todo un caudal de maldad, para aquellos que creen que no existe.



La investigación de esta historia se va acercando a su desenlace. Un día Ofelia fue llamada urgentemente por su padre. En el teléfono repetía las palabras de temor, traición, complot, muerte. Si uno lo piensa con recuento, coincide con los días aciagos de la confusión y muerte del candidato. A pesar de todo esto, ella me dice que no me preocupe, que ya no habría más muertes de inocentes, que por fin las piezas de tanta confusión y misterio en su vida están por juntarse.

Ha tenido un sueño, pero rehúsa contármelo. Es un sueño que permanecerá en el fondo de su conciencia, lejano, aislado, secreto. Me dice que está decidida y que aprovechará la ocasión para hacerle saber a su padre de nuestra relación. Que está decidida, aunque en el pasado sus noviazgos hayan sido condenados por el chino y su adversidad premeditada. Que está decidido, que nuestro amor será, y será para siempre. Que con el amor el rito de la muerte habrá de cesar. Que la clave está cercana.

En la despedida en la estación de autobuses, esa mano pálida y amarilla que se desprende de mi abrazo traza un círculo con fría precisión: sé que no es ya Ofelia, sino el más allá, que conecta en el círculo ritual del retorno, como circular es el camino que describen sus letras, impresas con tinta negra en la blancura del papel que extraigo del sobre que me da:

Nunca será en vano...



Me decía que Ofelia era hermosa. Que Ofelia estaba allí. Necesaria y pálida, puntual y precisa como el remedio más eficaz. Hasta que un día el chino, materializándose de los sueños de vapor en los que desde hacía mucho no aparecía, se apercibió para quitármela y llevarla lejos, allí donde nada ni nadie podía alcanzarla ni tocarla.

En el rompecabezas de nuestra historia, hay piezas que el chino fue destruyendo con sistemática labor. Que transformó a fuerza de sembrar de miedo y de dolor la ruta de la sorpresa, la uda, la confusión. Desde muy joven, Ofelia había sido protegida por ese afán de celo de su padre. Había sido golpeada y sometida a un desplazamiento de memorias para dejar borrosas las huellas de los hechos.

En el fondo el chino la amaba, supe después, con un amor más allá de la frontera del bien. Un amor sórdido y maligno. Un amor que sitiaba su cuarto durante días enteros, bajo llave, hasta poseerla de tristeza y desaliento. Un amor que al crecer y desbordarse se constituyó en un torrente negro que acabó enloqueciéndola.

Hay una tarjeta de cartón amarillento en la que alguien imprimió una frase en una tinta que ha ido palideciendo con los años. Es una frase que hice traducir y que guardaré siempre en lo más íntimo de mi conciencia, sobre todo porque es el único objeto tangible que guardo de Ofelia. Dice así:

Nunca será en vano...

Como piedra sólida y eterna será la muerte que nos una.

生死

Dualidad del orden del mundo. Vida y muerte se unen en un ritual cíclico. Se muere para vivir, se vive para morir. Y en esta serie de retornos y obsesiones, el círculo que traza la naturaleza en el orden de las cosas se va borrando, con ironía sutil e infalible, a pesar de los esfuerzos de la conciencia por reconstruir el sentido de la memoria. Si supiéramos tan sólo que este espejo oscuro y humeante es sólo el reflejo de ese otro donde la belleza y la bondad son posibles.

無盡的愛

Hoy por la mañana estuve en el panteón de Dolores. Camino los senderos, llego a la isla donde su memoria duerme. A un lado, el túmulo reciente del chino sembrado hace dos semanas contrasta con la límpida lápida de mármol en la que un signo la recuerda. Acudiré al ritual desde que ella murió, cada año, si es posible, en este mismo día. Es y será siempre ese adiós que no acaba por reconciliarnos ni tampoco alejarnos nunca. Es así. El albañil se toma su tiempo para colocar la placa, y alternativamente se empeña en ese chiflido que acaba por ser triste y vago. He mandado hacer esta placa y quedará aquí como testimonio de esta historia de amor. Siempre.

命運

*Oscuro como el color de su corazón enterrado.
Sustraído a la tortura del sentimiento.
Aniquilado por la pasión.
Ofrecido al holocausto de la paz.
Humana como ya no será posible saberlo.
Criatura incompleta y eterna. ■*